



CAPÍTULO II

Cómo el Párroco de Ars fué perseguido por los demonios.

No se puede pronunciar la palabra *tentación*, sin que se presente inmediatamente al espíritu el recuerdo de la Tebaida y de San Antonio; porque las tentaciones de ese hombre célebre se han hecho proverbiales. La vida de San Benito, de San Francisco de Asís, de San Antonio de Padua, de San Juan de Dios, de San Vicente Ferrer, ciñéndome á los más ilustres; la de Santa Magdalena de Pazzis, la de Santa Catalina de Génova, la de Santa Margarita de Cortona, de Santa Francisca Romana, de Santa Rosa de Lima, de Santa Eduvigis, de Santa Lidvina, de Santa Teresa; y en una época más próxima á nuestros días, la de Juan de Castillo y de Sebastián del Campo, jesuitas; de Domingo de Jesús María, carmelita descalzo; de Cristina, la Admirable; de la Solitaria de las Rocas; de Benita, la pastorcilla de Laus, y, en fin, de la extática del Tirol, María de Moerl, ofrecen semejanzas admirables con lo que vamos á referir.

Seis años hacía que el Beato Vianney moraba en Ars, y concluía de abrir á los huerfanitos del país su amada casa de refugio, cuando extraños ruidos comenzaron á turbar el reposo de sus noches y el silencio de su casa rectoral. He aquí cómo ha contado él mismo el origen de esas persecuciones:

«La primera vez, dice, que el demonio vino á atormentarme, fué á las nueve de la noche, en el momento que iba á acostarme. Tres grandes golpes resonaron á la puerta de mi patio, como si se hubiese querido echarla abajo con una enorme maza. Abrí en seguida mi ventana, y pregunté: ¿Quién llama?...» pero no vi á nadie y volví á acostarme tranquilamente, encomendándome á Dios, á la Santísima Virgen y á mi Angel custodio. Aún no me había dormido, cuando oí tres golpes más violentos, dados, no ya á la puerta exterior, sino á la de la subida de la escalera que conduce á mi habitación; y este segundo ruido me hizo saltar de nuevo, me levanté, y volví á preguntar por segunda vez: «¿Quién está ahí? ¿Quién llama?» y nadie me respondió.

«Cuando comenzó ese ruido, me imaginé que eran ladrones que venían en busca de los ricos ornamentos del señor Vizconde de Ars, y creí prudente tomar algunas precauciones. Supliqué á dos hombres animosos que viniesen á dormir á la casa rectoral, para prestarme auxilio en caso necesario. Vinieron muchas noches seguidas, oyeron el ruido como yo, y quedaron convencidos de que tan extraños ruidos tenían otra causa que la malevolencia de los hombres. Bien pronto adquirí yo la misma certeza; porque, en una noche de invierno que había caído mucha nieve, oí tres enormes golpes hacia media noche;

«salté precipitadamente de mi cama, bajé hasta el patio, y creyendo hallar esta vez á los malhechores, con gran admiración mía, no vi á nadie, ni oí nada, y, lo que es más aún, no descubrí sobre la nieve huella alguna de paso humano. Ya desde este momento no dudé que el autor de los ruidos era el demonio, que quería inquietarme ó asustarme. Me abandoné pues, á la voluntad de Dios, rogándole fuese mi defensor y mi guardián, y estuviese cerca de mí con sus santos ángeles, cuando mi enemigo viniese á atormentarme.»

Si el demonio se había propuesto infundir al santo Párroco terror y miedo, ya lo había conseguido; porque él mismo ha confesado que en la primera época, cuando la causa de esos ruidos misteriosos, que se renovaban todas las noches durante largas horas, no era conocida, se moría de miedo en su cama. Con este motivo, su salud se alteró profundamente, y se le veía de día en día decaer y adelgazar. Algunas personas caritativas le ofrecieron vigilar alrededor de su casa, y dormir en la habitación próxima á la suya. Unos jóvenes bien armados se ocultaron en el campanario, para estar en acecho y dominar mejor las salidas y entradas del presbiterio. Hubo algunos que se asustaron mucho en el cumplimiento de este servicio de caridad, y entre ellos el carretero del pueblo, Andrés Vercheré. Llególe su turno una noche, y se colocó con el fusil en una habitación del presbiterio. A media noche oyó á su lado, en la misma habitación, un ruido espantoso, pareciéndole al mismo tiempo que todos los muebles saltaban en pedazos bajo una granizada de golpes. El pobre centinela clamaba pidiendo auxilio, corrió en seguida al señor Párroco,

miraron y examinaron todos los rincones; pero fué trabajo inútil, pues nada descubrieron.

Desde el momento en que el venerable Párroco tuvo la seguridad de que esos ruidos misteriosos no procedían de causas humanas, tomó el partido de despedir á todos sus guardianes, cuya presencia le era inútil; y concluyó por habituarse á ese martirio, que duró treinta y cinco años, con diversas fases y bajo variadas formas, pero casi sin interrupción.

Ordinariamente, tres grandes golpes descargados á media noche contra la puerta del presbiterio, advertían al Párroco de Ars la presencia de su enemigo; y según que su sueño era profundo ó ligero, otros golpes más ó menos rudos se sucedían, aproximándose cada vez más. Después de haberse divertido en hacer un ruido infernal en la escalera, entraba el demonio, se aproximaba á las cortinas de la cama, y las sacudía con furor, como si intentase arrancarlas. No podía comprender el pobre paciente que quedase un solo pedazo de ellas. Sucedió muchas veces que el espíritu maligno llamaba fuertemente, como quien pretende entrar aprisa en una casa y un instante después, sin que se hubiese abierto la puerta, estaba en la habitación del pobre Párroco removiendo las sillas, trasladando los muebles, escudriñándolo todo. Llamando al Párroco con una voz burlona, le decía: «¡Vianney! ¡Vianney!» lanzando luego amenazas y expresiones ultrajantes, verbigracia: «¡Comedor de trufas, ya eres nuestro; sí, ya eres nuestro! ¡Te tenemos seguro!...»

Otras veces, sin tomarse el trabajo de subir, le llamaba desde el patio, y, después de haber voceado mucho tiempo, imitaba una carga de caballería, ó el

ruido de un ejército en marcha. A veces se ocupaba en dar grandes martillazos sobre los clavos, que parecía sepultar en el tablado; otras veces se divertía en partir leña, en acepillar tablas, en aserrar listones como un carpintero activamente ocupado en arreglar la casa; ó bien pasaba toda la noche taladrando, de modo que parecía al santo Párroco que por la mañana encontraría su techo raso acribillado de agujeros. Muchas veces se entretenía en tocar generala sobre la mesa, sobre la chimenea, y principalmente sobre el pote del agua, buscando con preferencia los objetos más sonoros.

Muchos días oía el Párroco de Ars en la planta baja, y precisamente debajo de él, dar saltos parecidos al de un caballo desbocado, que se elevaba hasta el techo y caía después, haciendo un espantoso ruido. Otras veces se presentaba como un gendarme calzado con grandes botas, cuyo tacón hacía resonar sobre los peldaños de la escalera.

Varias noches hacía el ruido de un gran rebaño de carneros que pasaba sobre su cabeza, cuyo monótono pataleo hacía imposible su sueño. Una noche que el pobre Párroco estaba más rendido y disgustado que de costumbre, se dirigió á Dios diciéndole: «Dios mío, os hago voluntariamente el sacrificio de algunas horas de sueño por la conversión de los pecadores.» Inmediatamente desapareció el infernal rebaño, hubo silencio, y el pobre Párroco pudo descansar un instante.

Durante muchas noches consecutivas (tenemos estos detalles del mismo señor Párroco) oyó en el patio gritos y clamores tan tumultuosos y amenazadores, que le hicieron estremecer de espanto. En

tales ocasiones hablaban una lengua desconocida y con la mayor confusión, de suerte que le recordaban la invasión, aún reciente. Comparaba su estrepitoso ruido al que pudiera hacer un ejército austriaco, ó bien, sirviéndonos de otra expresión no menos característica, parecía, según él mismo decía, que tropas de demonios habían tenido parlamento en el patio de su casa.

Fácil es comprender que estos sucesos hicieron gran ruido; excitaron, como sucede siempre, rumores en diversos sentidos, y vivas contradicciones; pero, á pesar de eso, no podemos suponer que el venerable Vianney se haya engañado, ó haya querido engañar. Los que le han conocido saben bien que la muerte hubiera sido para él preferible á la mentira: no tenía el temperamento de un visionario, ni era crédulo; al contrario, poseía todas las cualidades de un buen testigo. Esas cosas no ocurrieron una vez, sino cien y cien veces por año, en el espacio de treinta, y fueron aseguradas por él millares de veces, y nada había de que hablase con más gusto y espontaneidad.

Á pesar de todo, se desmintieron con perseverancia tales sucesos, y las contradicciones partían especialmente de las filas del Clero. Los compañeros del Párroco de Ars se mostraron en general poco dispuestos á admitir la realidad de esas manifestaciones diabólicas, atribuyéndolo todo á causas naturales y fisiológicas; creían hallar su explicación en los ayunos y vigiliias inmoderadas del hombre de Dios. Esta explicación es fácil y cómoda, pero no satisface. «Si el Párroco de Ars—decían—viviese como los demás; si tomase su dosis conveniente de alimento y sueño, se calmaría esa efervescencia de la imaginación; su

»cerebro no se poblaría de espectros, y toda la fantasmagoría infernal desaparecería.»

He aquí lo que sucedió en lo más recio precisamente de esas prevenciones. El drama infernal cuyo teatro era la casa del Párroco de Ars, ha sido contado de la misma manera por diferentes personas que fueron testigos de los sucesos; uno de esos testigos vive aún, y se ha ofrecido á darnos, bajo su firma, los siguientes detalles: En el invierno de 1826 había en San Trivier, sobre Moignans, un venerable cura llamado M. Granger, que se hallaba en relación con el abate Vianney desde los primeros días de su ministerio en Ars: se apreciaban mutuamente, y por este motivo se veían con frecuencia. Deseando aquél vivamente proporcionar á sus parroquianos el beneficio de la presencia de un sacerdote tan mortificado y celoso, le suplicó acompañase á los misioneros que daban allí las Misiones del gran Jubileo. Accedió el Párroco de Ars á la petición de su compañero, permaneció tres semanas en San Trivier, predicó algunas veces, y confesó mucho.

Como las vejaciones de que era objeto por parte del demonio hacían entonces gran ruido, divertíanse con él sus compañeros, y le decían en tono de broma: «Vamos, querido Párroco, vamos, obrad como los demás; comed mejor, y ese es el medio de concluir con todos esos maleficios ó diablerías.» Una tarde se le presentó la cuestión más seriamente; se animó la discusión de parte de los contradictores, y su burla graciosa degeneró en expresiones amargas y poco convenientes. Quedó resuelto que toda esa guerra infernal no era más que sueño, delirio y alucinación; en suma, el pobre Párroco fué tratado de visionario

y maniático. No respondió una sola palabra á las sabias diatribas de sus compañeros, y se retiró á la habitación, insensible á todo, con el gran consuelo de haber sido humillado. Un instante después, los señores que tanto se habían reído del santo Párroco, se despedían, deseándose mutuamente una buena noche, y se dirigían á su respectiva habitación con el abandono y descuido de filósofos que, si bien creían en el demonio, no tenían la misma fe de su intervención en los sucesos del Párroco de Ars.

Mas he aquí que á media noche despiertan sobresaltados por un espantoso ruido. La casa se agita cual si hubiese un terremoto; las puertas se cierran estrepitosamente; las vidrieras tiemblan, las paredes se bambolean, y siniestros estallidos hacen temer un hundimiento. Todo el mundo se puso instantáneamente en pie, recordando entonces que el Párroco de Ars había dicho: «Si por casualidad oís ruido esta noche, no os asustéis.» Fueron á su habitación, y al ver que dormía tranquilamente, le llamaron diciendo: «Vianney, levantaos, que la casa se viene al suelo...» Á estas voces contestó el Párroco de Ars sonriéndose: «¡Oh, amigos míos! Bien sé lo que es ese estrépito; acostaos; nada hay que temer.» En efecto, momentos después cesó el ruido, y se tranquilizaron.

Una hora más tarde, cuando todo estaba en el más profundo silencio, se oyó un ligero campanillazo: se levantó el abate Vianney, y halló á la puerta un hombre que había andado muchas leguas de camino para venirse á confesar con él. Se fué inmediatamente á la iglesia, y allí estuvo hasta la Misa, ocupado en oír gran número de confesiones.

Uno de los misioneros, el presbitero Chevalon,